



ÁGUILA DE SANGRE

Cristian Cadenas

ÁGUILA DE SANGRE



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Cristian Cadenas

ISBN: 979-13-88195-96-9

ISBN digital: 979-13-88195-97-6

Depósito legal: M-16719-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis abuelos:
Pepe,
por ser esa luz que ilumina mi camino
desde allá donde esté.*

*Juan,
mi guía, hogar y refugio
donde calmar el alma.*

*Nunca subestimes la importancia de un momento, porque nunca sabrás
cuándo ese momento pasará a convertirse en un recuerdo.*

NOTA DEL AUTOR

Si este libro ha llegado a tus manos, independientemente del motivo que lo haya llevado hasta ti, me gustaría darte las gracias. Espero que disfrutes con estas páginas tanto como yo lo he hecho durante el proceso de su escritura y que, sobre todo, al terminar esta novela, deseo de la manera más sincera e inocente que sientas que ha merecido la pena compartir tu valioso tiempo conmigo a través de esta historia entre infinidad de opciones posibles.

Me gustaría aclarar a mis lectores conocedores de las zonas referentes a las ciudades que aparecen y de los pueblos más humildes como El Cuervo, Espera y mi queridísimo Puerto Serrano que he intentado seguir con la mayor fidelidad posible las descripciones de los lugares que aparecen en esta novela, aunque con los límites necesarios en ellas para que no influya de manera negativa en el ritmo de lectura y desarrollo de los acontecimientos de la historia.

Confieso también que mi imaginación se ha tomado la licencia de inventar algunos lugares presentes, con el objetivo de adaptarlos al drama de la forma que, desde mi perspectiva, consideraba más adecuada.

Por último, me veo en la obligación de mencionar que cualquier parecido dentro de la historia con personas reales, con algún caso cerrado o abierto y alguna situación en particular son fruto de la mera casualidad. No os hago esperar más y os dedico todo mi cariño para que os acompañe durante el viaje que estáis a punto de emprender.

PRÓLOGO

Caminaba con sus pies descalzos por encima del asfalto envejecido de la carretera, deambulando por él como si fuese un auténtico zombi, sujetando con la mano izquierda su costado derecho, del cual pendía un trozo de piel. Luchaba entre jadeos por soportar incluso el poco aire que era capaz de introducir en los pulmones. Sus pantalones negros deportivos estaban rasgados en la zona del muslo derecho como si hubiesen recibido el zarpazo de un oso.

La camiseta blanca, de marca, que tanto le gustaba ponerse para las ocasiones especiales poseía un color rojizo a causa de la enorme pérdida de sangre, junto a magulladuras de gran calibre provocadas por sus intentos de escapar del infierno en el que se había visto envuelto. Todo su cuerpo estaba lleno de heridas, repleto de la sangre que salía de ellas y lo recorrían hasta gotear en el suelo. En la oscuridad de la noche resaltaban sus ojos del color del mismísimo océano, pero los parpadeos, conforme avanzaba en cada paso, eran cada vez más largos, y su vista, al mismo tiempo, se volvía más borrosa.

En cada paso que daba en su camino sentía el deseo de gritar para pedir ayuda, de correr, de escapar. Su cuerpo estaba hecho trizas y no era capaz siquiera de soltar un mínimo hilo de voz para que alguien, si es que había, pudiera socorrerlo.

Estaba solo, completamente solo, con la única compañía de su sombra, reflejada por la luz de la luna menguante, con la visión cada vez más apagada, pero en un mínimo momento de lucidez vio al frente una sombra que se le acercaba cada vez más y más,

divisando a lo lejos de esta las luces de un pequeño pueblo. Intentó levantar la mano para que acudiera a ayudarlo, pero sus esfuerzos fueron en vano, pues provocaron que en su intento de seguir adelante acabase cayendo de rodillas al suelo. Intentó levantarse, pero ya era demasiado tarde, ya no tenía fuerzas, su visión se perdía cada vez más en el horizonte, aunque la sombra seguía avanzando hacia él, acercándose cada vez más rápido. Cuando tenía la sombra delante, ya con el torso y el costado derecho pegado al asfalto, con toda su alma, con todas las fuerzas que le quedaban, sintiendo cada vez más los débiles latidos de su corazón, exhaló una única palabra, poniendo nombre a su último pensamiento: Lucía.

CAPÍTULO 1

El Cuervo, Sevilla
8 de diciembre de 2017

El grito constante de las sirenas de emergencia rompía con la calma del mediodía en la localidad hispalense. Un cielo despejado y una agradable temperatura contrastaban con el caos que se estaba viviendo, pues algo terrible acababa de suceder. Frente a la cinta policial, una oleada de tensión se paseaba entre la multitud creciente frente a la iglesia. Vecinos curiosos se preguntaban qué podía estar pasando dentro de la zona acordonada y especulaban sobre ello en voz baja. Unos hablaban de un derrumbe del interior, otros de un posible robo de objetos sagrados de gran valor..., pero nadie, ni en sus teorías más retorcidas, alcanzaba a imaginar la magnitud de lo sucedido.

Detrás del cordón policial, varios agentes custodiaban el perímetro con una rigidez inusual. La mayoría de ellos lucían rostros desencajados y llenos de pavor. El horror que habían presenciado en el interior los había dejado marcados. Todo comenzó tras recibir la llamada de Antonio, el párroco de la localidad.

En el interior de la iglesia se encontraba el agente Gómez, de la Policía Nacional, intentando mantener las formas mientras charlaba con el cura para que le contase todo lo que supiera al respecto. El templo, que solía albergar un silencio irreverente, desprendía

una energía extraña, como si el propio edificio intentase contener un secreto insoportable.

—Justo abrí el portón y me encontré de frente con semejante atrocidad realizada por el mismísimo Satanás, señor agente — murmuró Antonio con la voz quebrada—. Inmediatamente recé entre lágrimas a nuestro Padre para que acogiera en su regazo a esta joven. Cerré el portón para que nadie pudiera verlo desde fuera... y me puse en contacto con ustedes. El resto ya lo saben. Cuando he recuperado el conocimiento ya estaba todo el perímetro asegurado.

—Gracias por avisar, Antonio. Yo mismo he sido quien ha estado presente hasta que ha recuperado usted el conocimiento. A pesar de ello, sabe que deberá acompañarnos a comisaría. Necesito hacerle unas preguntas en privado y reunir toda la información posible —respondió en tono serio.

Se acercó un agente y dijo a modo de susurro algo ininteligible para los demás en el oído de Gómez, que frunció el ceño de inmediato.

—¡Mierda! Siempre la misma historia. ¿Acaso no veis que tenemos una oportunidad única de hacer algo grande? ¿Por qué cojones llamáis a los de la ACE?

—Es el protocolo, señor. Ya lo sabe —comentó el otro policía, incrédulo ante la actitud de su compañero.

Tras aquel cruce de palabras, Gómez se dirigió por la puerta trasera hacia la zona de entrada a la iglesia, para recibir a la mujer que le había dicho su compañero que acababa de llegar.

—Buenas, agente. Está todo controlado, de momento no necesitamos ningún tipo de intervención por vuestra parte, podemos ahorrarles este caso y encargarnos nosotros, que seguramente tendrán todavía mucho jaleo con el de las hermanas desaparecidas. Por cierto, soy el agente Paco Gómez. Puede llamarme como desee —dijo Gómez con un tono soberbio, extendiéndole la mano.

—Estela Pérez, de la Agencia de Casos Especiales, encantada, pero llámeme inspectora. Si es tan amable, indíqueme por dónde

puedo acceder al lugar de los hechos —zanjó la inspectora sin pestañear.

Gómez apretó la mandíbula y reprimió su enfado acompañando el gesto con un suspiro a modo de aceptación de la derrota. Sin mediar palabra alguna, giró sobre sí mismo y se dirigieron a la puerta trasera de la iglesia, entrando Estela detrás del agente.

Apenas puso un pie dentro y vio desde atrás lo que había justo en la entrada principal, Estela detuvo su paso. El aire estaba cargado, casi irrespirable, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Lo que acababan de captar sus ojos verdosos fue tan brutal, tan desprovisto de humanidad, que su cuerpo reaccionó instintivamente. Sintió con la primera arcada cómo un ardor le subía desde el estómago hasta su boca, haciéndola vomitar casi instantáneamente.

—Santo cielo..., jamás había visto algo similar —comentó la inspectora tras recomponerse un poco y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Dos enormes troncos de madera dispuestos verticalmente flanqueaban el cuerpo sin vida de una joven, suspendida en el aire mediante cuerdas que la amarraban de las muñecas, los tobillos y el torso a los troncos que actuaban como una especie de columnas rituales.

Estaba rapada, mirando a la entrada principal de la iglesia y de espaldas a la inspectora, vestida con una túnica blanca que ahora apenas era una sombra de lo que fue, empapada en sangre. Lo que más perturbaba no era su posición ni el manto sacrificial que cubría el suelo con su sangre, sino la existencia de un hueco enorme y espeluznante, sin ningún indicio de piel que recubriera esa zona de su espalda, de la que salían hacia ambos lados las costillas desprendidas de la columna vertebral de la chica, simulando una especie de alas desplegadas. Alas de huesos, como una burla violenta a la divinidad.

Estela se acercó más y analizó el cuerpo de la joven para encontrar algún otro rastro de violencia, descubriendo que en su frente

había un símbolo que, aparentemente, había sido grabado con la hoja de un cuchillo a sangre fría. Esta figura mostraba tres triángulos entrelazados entre sí, una representación que no concordaba con la simbología que podría encontrarse en la religión cristiana. Además, en cada uno de los troncos de madera había tallado otro símbolo diferente que parecía antiguo, contenía un círculo y una especie de tridente colocado en posición inversa, pasando el mango de este por el centro de la circunferencia y con las tres puntas sobresaliendo bajo ella. Desconocía su significado, pero su gran instinto le advertía que estaba a punto de adentrarse en un escalofriante caso que le iba a quitar el sueño.

—Llamad al equipo de la científica —ordenó sin despegar la mirada del cuerpo de la víctima—. Y en cuanto el juez lo apruebe, que lleven todo inmediatamente a las instalaciones de la ACE, allí analizaremos las pruebas con más detenimiento. Que nadie toque nada más.

Luego se giró hacia Gómez, que la observaba desde una distancia prudente.

—Llévese al padre Antonio a comisaría. Quiero que tome nota de todo lo que diga. Le espero en dos días en esta dirección con toda la información que tenga —dijo entregándole una especie de minifolleto con los datos de localización de la agencia—. Guarde esto con cuidado, no es conveniente que más personas conozcan esta ubicación.

El agente Gómez, sorprendido, accedió a la orden de la inspectora Pérez masticando su orgullo y salió charlando con Antonio por la puerta lateral de la iglesia. Antes de marcharse, paró delante de la multitud y con voz firme mintió a los espectadores:

—No hay ningún problema. Ha habido un pequeño derrumbe en el interior. Nada grave, pronto estará solucionado. Pueden marcharse y seguir con sus vidas.

—¿Lo ves?! ¡Te lo dije! —se escuchaba la voz de alguna persona que parecía haber estado especulando sobre lo acontecido y creía haberse salido con la suya.

La gente empezó a disolverse en las inmediaciones. La prensa, que aún no había llegado, se quedaría sin titular por el momento. Y eso era, sin duda, una bendición. En el interior de la iglesia, una vez llegó la policía científica, los agentes empezaron a recoger las pruebas para llevarlas a la Agencia de Casos Especiales situada en la capital española.

La inspectora, como la profesional que era, jamás había dado un caso por cerrado sin indagar antes en lo más hondo hasta encontrar algo para resolverlo. No le importaba otra cosa mientras tuviese un caso abierto, algo que también le acarrecaba algunos problemas en su vida privada más veces de las deseadas.

Durante el camino de vuelta, en el furgón blindado de la agencia, sin dar aún crédito alguno sobre lo que había visto, se encendió un cigarrillo, temblorosa, pero no se decidía a darle una calada. Lo sostuvo entre los dedos, sin llevarlo a los labios, como si necesitara el gesto más que el humo. Subió el volumen a la radio mientras sonaba *Highway to Hell*, su canción favorita, intentando despejar un poco todos los pensamientos que invadían su mente. Y mientras las guitarras rugían y la carretera se abría ante ella como una línea recta hacia el abismo, supo con certeza que acababa de cruzar una frontera invisible y que lo peor, por experiencia propia... aún no había comenzado.

CAPÍTULO 2

Málaga

30 de junio de 2011

Seis años antes del asesinato

El sonido insistente de la alarma del móvil irrumpió a las 09:30. Era la hora de acudir a su entrenamiento matutino. Se incorporó con dificultad, arrastrando consigo el peso de una brutal resaca que le palpitaba en las sienes. Aún envuelto en la penumbra del sueño, notó la suavidad de la fina sábana de la cama cubriendo parte de su cuerpo. Frunció el ceño. Estaba completamente desnudo, sin la más mínima idea de cómo había llegado a esa situación. Puso los pies en el suelo sentándose en el borde de la parte derecha de la cama, apoyó los codos en las rodillas y hundió su rostro entre las manos, acompañándolo de un resoplido. Escarbó en su memoria como quien busca un pequeño objeto en el fondo de un cajón desordenado, pero no obtuvo éxito alguno.

Se levantó tambaleante de la cama, cogió el teléfono y se dirigió hacia el cuarto de baño que había dentro de su lujosa habitación, pasando junto a su ropa tirada por el suelo de la noche anterior. Estaba decorada con algunos trofeos, lienzos modernos y con un cuadro con el marco bañado en oro que guardaba la camiseta amarilla de LUND 36, con la que debutó en su primer partido como futbolista profesional, encima del cabecero de la cama. Una

reliquia que mantenía con orgullo, símbolo de todo lo que había conseguido tras mucho esfuerzo.

Cuando entró al baño, lo primero que llamó su atención fue el espejo, descubriendo en él un número de teléfono acompañado de un mensaje escrito con un pintalabios de color rojo vino:

Lo he pasado genial esta noche, llámame. Mónica.

Estaba desconcertado. Se quedó mirando aquellas letras como si pudieran darle una explicación de lo que él no recordaba. No sabía quién era Mónica. Ni siquiera tenía la imagen del rostro de la chica con la que seguramente habría acabado en su cama esa noche. Puso la canción de Estopa que tanto le gustaba y entró en la ducha. Encendió el agua caliente, como si el vapor pudiera llevarse los restos de la noche anterior.

—¿Qué coño hiciste anoche, Bruno? —se preguntó en voz alta a sí mismo, pero la pregunta quedó flotando en el aire, sin respuesta. Al terminar, se colocó la toalla envolviendo su cuerpo y su mirada se perdió de nuevo en aquel mensaje que comenzaba a desdibujarse a causa del espejo empañado. Entonces, como una estrella fugaz, una imagen le cruzó la mente. Una chica con un vestido rojo, cabello suelto y ondulado, de piel morena y unos ojos grandes de color miel que resaltaban bajo la luz. Se la había encontrado al salir del restaurante donde fue a cenar con dos de sus amigos antes de la fiesta a la que iban a asistir. Recordó la intensidad de aquel cruce de miradas, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel instante. Una conexión breve pero imposible de ignorar. A pesar de ello, no estaba seguro de que fuese quien le había dejado escrito el mensaje.

—Joder... Sí que has bebido esta vez, tío —murmuró, negando con la cabeza.

Agarró la toalla pequeña que estaba colocada en el toallero a la izquierda del lavabo y la pasó por el espejo, limpiando el cristal empañado y borrando a su paso el mensaje que le habían dejado escrito.

No resultaba nada extraño para él, era un mujeriego. Estaba acostumbrado a pasar noches con diferentes chicas y, al despertarse, tener mensajes escritos con números de teléfono en un folio, una servilleta e incluso en la ropa interior, colocados estratégicamente con el propósito de que él les contactara de nuevo. A menudo, algunas de ellas se resistían a marcharse por la mañana esperando algo más que él nunca ofrecía. Nunca quería quedarse con ninguna chica más tiempo del necesario. No porque fuera un cínico sin sentimientos, sino porque había aprendido a protegerse. Sabía que no podía entregar su corazón a cualquiera, sentía miedo de hacerlo porque había aprendido que las buenas personas no abundaban y que, por el contrario, sí lo hacían las que intentaban aprovecharse de él para conseguir fama, dinero o una vida de ensueño como la que tenía.

Cuando limpió el espejo, reparó en que era la primera vez que le dejaban un mensaje de esa forma. Le llamó la atención, pero no le dio mayor importancia y se preparó para marcharse al entrenamiento.

Se dirigió al garaje que tenía en el jardín de su enorme casa y cogió las llaves del Porsche Panamera de color negro que había comprado unas semanas atrás, un par de meses después de cumplir la mayoría de edad que tanto ansiaba. Arrancó el lujoso vehículo y se dirigió al centro de entrenamiento donde asistía cada día durante las vacaciones de verano. De camino, sonó su teléfono y pulsó el botón verde de la pantalla del coche para activar el manos libres.

—Hey, ese Bruno, ¿cómo has amanecido hoy? Vaya pedo que nos pillamos ayer, hermano. Creo que todavía sigo ciego. Apenas he podido pegar ojo.

—¿Qué pasa, bro? Ufff..., no recuerdo nada sobre la fiesta, Javi —dijo chasqueando la lengua—. Solamente me acuerdo de la cena contigo y con el Pipa. Bueno... ,y del pibón que vimos al salir del restaurante, la morena que iba de rojo. Nos miramos y... fue como una descarga eléctrica.

—¡Como para olvidarla, socio! ¿Y qué tal se ha portado esta noche contigo?

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—¿Me vas a decir que no te acuerdas de eso? Serás cabrón... Os fuisteis del VIP como tres horas antes de acabar la fiesta porque decías que te habías enamorado de ella, que había sido un flechazo. El Pipa y yo nos estábamos descojonando. Si, total, es la frase que sueltas cada semana... pero insististe tanto en que habías sentido algo de verdad que no te pusimos impedimento en marcharte. Nos encargamos nosotros de acabar con la tercera botella que teníamos reservada.

—Te juro que no me acuerdo de nada. Soy gilipollas, tío. No sé por qué os hago siempre caso cuando salimos, pero no hay día que no acabe borracho como una cuba y con lagunas al día siguiente. ¿De verdad os dije eso anoche?

—Venga ya, Brunito. Te encanta salir conmigo —dijo en tono jocosos—. Claro que lo dijiste, estabas tan insistente en que tenías que irte con ella como un niño cuando quiere que lo lleven al parque. Solo tuviste que bajar del reservado, hablar un poco y ya os marchasteis. Me tienes que enseñar cómo lo haces, loco. Yo siempre acabo volviendo solo.

—Jajaja, ¡menudo payaso estás hecho! Yo no hago nada, pero tú eres muy pesado, hermano. Las espantas tú solito —bufó por la nariz sonriendo—. Te veo luego, que estoy llegando a entrenar, ¿vale? Chao, hermano.

—Un segundo, *bro*. Respecto a las lagunas..., puede que tenga algo que ver con la mierda nueva que probamos ayer. La *black honey* que empieza a estar de moda. Puede que, sin querer..., dejase caer algunas gotitas en tu vaso. Pero tranquilo, estuve investigando y es totalmente natural, no había peligro. Al parecer, aunque supuestamente subía la libido, ese era uno de los posibles efectos secundarios. Me costó conseguirlo porque está empezando a entrar en el mercado, pero ya sabes que por ahí me muevo como pez en el agua. Te quisimos dar una asistencia para que tú te encargaras de marcar el gol, ya me entiendes, jejeje. Aunque deberíamos haberla tomado entera el Pipa y yo, a ti no te hace falta, cabroncete.

—Ya decía yo... Me extrañaba que no hubierais hecho alguna de las vuestras. Espero que no me dé problemas ahora al entrenar. En fin, nos vemos, hermano, que estoy ya aquí en el centro.

—Tranquilo, eres una bestia. No hay quien te pare. ¡Hasta luego, Brunogoll!

Bruno llegó al complejo deportivo Sport Resort y detuvo su coche en la plaza de aparcamiento que tenía reservada para todas las vacaciones. Al bajarse, cogió la llave de su taquilla y se dirigió hacia la puerta que daba acceso a la cafetería para desayunar antes de comenzar con el entrenamiento.

Y fue entonces cuando la vio.

Era ella.

Vestida con ropa deportiva, el pelo recogido en una coleta alta que le despejaba el rostro y le daba un aire aún más encantador. Sonreía mientras se acercaba y parecía poseer un poder especial, pues esa sonrisa era capaz de iluminar por completo el lugar. Era la chica del vestido rojo de la que se quedó prendido y, al encontrarse de nuevo, volvió a florecer ese magnetismo en la mirada que le dejó sin palabras la noche anterior.

Por un instante, Bruno sintió que el mundo se detenía. Todo el ruido de fondo se disolvió en un murmullo lejano.

—Hola, ¿cómo has amanecido hoy, dormilón?

Parpadeó, incrédulo. La voz le sonaba tan familiar que le erizó la piel, como si su mente supiera algo que él aún no podía alcanzar.

Entonces recordó esa voz. No recordaba con claridad, pero estaba seguro. Era ella la que le dejó el mensaje en el espejo, y pensó, con una media sonrisa, que el destino sabía jugar sus cartas con una elegancia desconcertante.

—Hola, Mónica.

CAPÍTULO 3

Madrid

9 de diciembre 2017

Día después del asesinato

El amanecer se abría paso sobre la capital cuando el sol, aún tímido, comenzó a filtrarse por la ventana. Sus rayos deslumbraban el rostro de Estela, obligándola a abrir sus ojos con desgana y frotárselos con ambas manos, presa del cansancio de una larga noche de trabajo.

Había llegado a la agencia de noche, después de conducir sin detenerse desde la localidad sevillana. Aparcó el furgón en el garaje con los demás vehículos policiales y subió en silencio por el ascensor privado hacia la octava y última planta del edificio, donde se situaban las oficinas de la ACE. La Agencia de Casos Especiales estaba situada en plena Gran Vía de Madrid. Desde allí, las ventanas ofrecían una vista privilegiada del emblemático edificio Carrión y del icónico rótulo luminoso de Schweppes, un lugar estratégico para pasar totalmente desapercibidos entre el bullicio de turistas y madrileños. Los componentes de la agencia nunca vestían con uniforme policial y los vehículos oficiales que guardaban en el garaje, reservado para la ACE, eran tan discretos como ellos. Los agentes podían acceder tanto por el ascensor del garaje como por la entrada común para el resto de los vecinos del edificio. Es-

taba ocupado hasta la cuarta planta, el resto pertenecía a la ACE, aunque solamente utilizaban las tres últimas, dejando la quinta libre para que hubiese un mínimo espacio de separación entre las familias residentes y los trabajadores. Nadie podía imaginar que, tras la apariencia anodina de aquel inmueble, se ocultaba uno de los lugares de trabajo más importantes dentro de la seguridad nacional española. Ni siquiera los habitantes del edificio conocían la existencia de lo que sucedía por encima de sus cabezas.

Estela se despezó en su silla de oficina, donde se había quedado dormida entre un mar de documentos y fotografías. Encima del escritorio, los informes detallados de varios casos la observaban en silencio, como si aguardaran su turno para ser resueltos. Entre ellos destacaba el de las hermanas desaparecidas, un expediente que seguía abierto por falta de pruebas.

Se levantó despacio, estirando los músculos todavía adormecidos, y salió por el pasillo hacia la sala de reuniones en busca de la primera dosis de caféina del día. Introdujo un par de monedas en la máquina y esperó un momento a que el aroma de su capuchino de vainilla inundara la estancia. Mientras el café era dispensado por la máquina, la inspectora volvió a su despacho en busca de las hojas que había escrito respecto al nuevo caso la noche anterior, antes de que le diese el ataque de ansiedad. Aún podía sentir el temblor en las manos que le había asaltado horas antes y la impulsó a sacar los diferentes casos más duros para ella. Aquella noche había revivido demasiados recuerdos, demasiados rostros y sueños que habían quedado a medias, aunque había uno que ni siquiera el paso del tiempo era capaz de mitigar. Finalmente, acabó mirando el archivador con el caso de las hermanas y se quedó dormida a causa del agotamiento.

Estela extendió la mano y agarró el archivo del caso Mariposa. Así lo bautizó por la macabra simulación del despliegue de las alas y de la metamorfosis que había sufrido el cuerpo de aquella pobre muchacha, transformado en una escultura de horror por una mente humana sin ningún ápice de cordura.

Sentía náuseas cada vez que miraba la foto de aquella chica. La imagen estaba sujeta con un clip en la parte superior izquierda de la hoja, junto a la información recopilada del caso hasta entonces. Reflejaba en ella una inocencia brutalmente arrebatada.

—¿Quién eres? ¿Qué monstruo te ha hecho esto? —susurró para sí misma, con un hilo de voz que apenas rompía el silencio de la oficina.

Regresó a la sala de reuniones y allí estaba sentado su compañero Ramírez, el primero como cada mañana, esperando a dar comienzo a la reunión del equipo sobre el nuevo caso.

—Buenos días, Este —saludó en tono amistoso—. Tienes mala cara, pero guapa como siempre. Creo que eres la única persona en el mundo a la que le sientan bien los disgustos. ¿Con qué te has encontrado esta vez? Mira que te dije que iba yo hasta Sevilla. Necesitas tomarte un pequeño descanso para arreglar tus asuntos.

Estela sonrió con cansancio.

—Buenos días, Rami. Ojalá pudiera..., pero ya me conoces. Hasta que no consigo terminar algo no puedo volver a respirar tranquila —dijo haciendo la seña de las comillas con ambas manos y acercándose a recoger su café—. Por cierto, bonita camiseta.

—¿Has visto? Es de One Piece, algún día te pongo alguno de los cientos de episodios de la serie, que, por cierto, ya estoy viendo los próximos capítulos que aún no se han estrenado... —dijo en un tono pícaro.

—Tú sí que eres un auténtico pirata..., pero de la informática.

Ramírez era el alma tecnológica de la ACE. Un joven genio de Santa Coloma de Cervelló capaz de llegar a las entrañas de cualquier tipo de página web, ya fuera con buenas o malas intenciones solo por *hobby*. Hizo sus estudios de Ingeniería Informática en el Massachusetts Institute of Technology, una de las universidades más prestigiosas del mundo, alcanzando siempre la máxima nota de la clase. Se vio obligado a finalizar el último año de carrera en Madrid porque fue expulsado del MIT por infiltrarse en los servidores que albergaban la página de la universidad y publicar

una noticia sobre primates acompañada de una foto del decano en ropa interior.

Era de complexión gruesa, con gafas y barba descuidada. Amante del *anime*, de los videojuegos y con un enorme sentido del humor, nadie podría imaginar que ese chaval de veintitrés años fuese capaz de adentrarse y violar todos los sistemas de ciberseguridad del Banco de España para después salir como si nada, simplemente por una apuesta con unos amigos, acto por el que fue acusado por un delito cibernético contra la intimidad, concretamente por revelación de secretos según el artículo 197 bis del Código Penal español. Finalmente, no se le llegó a condenar, puesto que no reveló ningún tipo de información, pero sí que se le ofreció el cargo de investigador informático dentro de la ACE, con vistas a aprovechar y exprimir de manera legal todo su potencial. El joven no dudó lo más mínimo en aceptar el puesto.

La siguiente en entrar fue Carmen, la forense, con gesto de agotamiento y una taza de café en la mano. Había pasado toda la noche en vela analizando, junto a su equipo, cada uno de los detalles del cuerpo de la víctima.

—Escucha, creo que en los treinta y cinco años que llevo dedicándome a esta profesión desde que comencé con veintiséis jamás había visto algo parecido a este caso. Como siga encontrándome cosas similares, creo que no llego a la jubilación. Con lo poquito que me queda... —expresó la forense con un fuerte acento cordobés.

—¿Todavía no ha llegado el gaditano? Había quedado con él a las siete y media, y ha pasado ya una hora. No sé cómo lo hace este hombre para llegar siempre tarde... —comentó desesperada la inspectora.

Justo terminaba de hablar Estela cuando apareció Jesús por la puerta de la salita con una gran sonrisa.

—Buenos días a todo el mundo. ¿Esta reunión qué ees? ¿Un chiste? Mira, un catalán, una madrileña y mi mami Carmen, la cordobesa, que es más bonita que la mismísima Caleta. Eso sí, todos

profesionales como la copa de un pino. Tengo mejor equipo que el Dream Team, chiquillo —soltó enérgico y con alegría Jesús.

—Jesús, joder. Habíamos quedado tú y yo hace una hora. ¿Hoy también se te ha averiado el coche? —dijo irónica Estela.

—¡Que va, mujer! Es que me tenías que haber aclarado que era hora peninsular. Tú sabes que estuve de vacaciones con mi Joselito y he llegado de las islas Canarias hace muy poquito, entonces... todavía tengo el horario cambiado —explicó con salero el gaditano.

—Ya te daré yo a ti hora peninsular... —respondió sin dar importancia a lo sucedido—. En fin, dejemos las bromas. Vamos a trabajar, familia. Tenemos ante nosotros lo que posiblemente sea el caso más complicado de nuestras vidas. Mi instinto policial me dice que esto no va a ser nada sencillo —recalcó la inspectora mientras dejaba el archivador del caso en el centro de la mesa.

Todos se sentaron alrededor de la mesa donde la inspectora había colocado el archivo, quedando ella de pie frente a los demás. A continuación, lo abrió y pidió a Ramírez que proyectase, en la lona situada en la pared frontal, las imágenes que había enviado a su correo.

Inmediatamente, la primera imagen que apareció fue la de la escena de la chica desde la parte trasera, donde se veía lo mismo que apreció Estela al entrar en el lugar de los hechos. Los demás miraron la fotografía y se quedaron atónitos.

—Quillo, quillo, quillo... —expresó Jesús con el rostro pálido—. ¡¿Esto qué carajo es?! Acabo de desayunar y me parece a mí que voy a echar hasta la primera papilla.

—Pues vas *apañado*, compañero. Imagínate yo que lo he tenido delante durante toda la noche —respondió Carmen.

Estela tomó la palabra.

—Todo apunta a que el psicópata que haya hecho esto quiere asemejar el cuerpo de la joven al de una mariposa, una grotesca metáfora de metamorfosis. Por ello lo he llamado caso Mariposa. Jamás entenderé el motivo, pero intentaremos averiguarlo y dar con ese o esos hijos de puta.

Rami levantó la mano.

—Inspectora, una cosa. Creo que he visto algo parecido a esto en otra ocasión... No recuerdo dónde exactamente, pero me suena muchísimo —apuntó antes de pasar a la siguiente imagen.

—Aquí vemos el rostro de la chica, distinguiendo en su frente este símbolo tan extraño con tres triángulos entrelazados y dibujado con algún tipo de cuchillo a sangre fría —comentó la inspectora.

Todos se quedaron en silencio un momento mirando con atención el símbolo, pero no parecían encontrar nada con lo que relacionarlo. Pasaron a otra foto donde se veían los dos troncos de madera a los que se encontraba atada la chica, centrando la imagen en el símbolo que aparecía en ambos, con el círculo y el tridente invertido.

Se mostraban dubitativos al ver las imágenes y la simbología presente en ellas, expectantes de que alguno de sus compañeros aportase algo al respecto.

Todavía nadie era capaz de identificar ninguno de los símbolos cuando, de repente, a Jesús se le iluminó la cara, abriendo sus ojos y arqueando las cejas con síntoma de haber encontrado algo mientras hurgaba por su mente.

—¡*VALKNUT!*

—¿Qué dices? —preguntó extrañado Ramírez.

—El símbolo de los triángulos entrelazados, ¡eso es! Se trata del *valknut* vikingo. Es un símbolo que también se le conoce como «nudo de la muerte». Era usado normalmente para rendir culto al dios Odín en celebraciones funerarias o para que protegiera a los guerreros en la batalla, permitiendo que llegasen al Valhalla si morían en la lucha —expresó el agente gaditano, dejando ver que no había nadie mejor que él en cuanto a conocimientos históricos.

—Entonces, ¿dices que este asesinato está relacionado con la mitología nórdica? ¿Con los antiguos vikingos en pleno siglo XXI? —preguntó interesada Carmen.

—¡Claro! ¡Por eso me sonaba! ¡Un segundo! —comentó Rami mientras tecleaba rápidamente en el ordenador que había en la

salita—. ¡Ajá! ¡Lo tengo! Según dice aquí, es un ritual al que llamaban Águila de Sangre. Se usaba para castigar a los enemigos que habían cometido un crimen severo que atentara contra el honor de su propia familia. De esta manera, la deshonra tenía que ser pagada de manera humillante y dolorosa, y, en consecuencia, la víctima y su familia recuperarían el honor perdido —añadió el joven informático—. Por lo demás, no encuentro mucho más, los vikingos no eran entusiastas en guardar documentación. He encontrado menos de una decena de menciones sobre este ritual, pero creo que al asesino le bastó con ver solamente una.

—Eso explica que los cortes estuvieran realizados estratégicamente en las costillas y en la zona de la columna. Era para provocar el efecto que simulaba el despliegue de las alas, de un águila en este caso, y que los pulmones estuvieran también expuestos, cosa que provocaría el breve movimiento de esta zona simulando un aleteo —comentó Carmen, patidifusa—. Si realmente la muchacha estaba viva durante el proceso, debió de sufrir un dolor insoportable. Aunque por suerte, una vez que este carnicero hizo su obra, creo que la muerte llegó en poco tiempo. Más bien diría que, una vez que perforó la caja torácica, el colapso de los pulmones y la hemorragia, causada por la rotura de arterias, harían que perdiera la vida en segundos, pero desconozco la realidad de esta barbaridad, así que no puedo corroborarlo con firmeza.

Estela asintió aprobando el argumento de la forense.

—¡Ese es mi equipo! Seguramente hayamos dado con algo muy importante que nos hará avanzar a pasos agigantados en la investigación del caso Valhalla, como le llamaremos a partir de ahora. ¿Sabemos algo sobre el otro símbolo que aparece en ambos troncos? —preguntó.

—Para mí, viendo que hemos encontrado dos cosas relacionadas con los vikingos, seguro que es algo por el estilo. Tengo que investigar un poco mejor respecto a este símbolo, porque no es tan común como el otro. Aunque, si tengo que jugármela a algo, me apuesto la casa a que es una especie de runa —aseveró Jesús.

De repente, la puerta de la sala se abrió bruscamente, dejando ver a una chica rubia del equipo forense.

—¡Rápido, venid conmigo! ¡Tenéis que ver esto!